

ESPIRITUALIDAD DE DINA BÉLANGER

María Lourdes Rossell, rjm.

I - CONOCIENDO A DINA

A fines del siglo XIX, los trazos típicos de los cristianos que componen la cristiandad del Canadá francés son, entre otros, una fe bien manifiesta, fuerte, sencilla pero auténtica, junto con la fidelidad a la herencia recibida del pasado que, al menos la mayoría, mantienen sin discusión y que el Estado de Quebec proclama en su divisa : “Je me souviens”.

En el Canadá francés, la salvaguarda de la fe y la práctica religiosa están fundadas en la vitalidad de las parroquias. En general, los fieles apoyan a la Iglesia y los obispos y sacerdotes se ven admirablemente secundados por los Institutos religiosos que colaboran en el ministerio parroquial, ofrecen educación a todos los niveles y secundan las obras de caridad. Las vocaciones religiosas y sacerdotales son numerosas.

En este ambiente, y en el seno de una familia profundamente cristiana, nació Dina Bélanger el 30 de abril de 1897 y fue bautizada el mismo día en la parroquia de Saint-Roch.

Un año y medio más tarde, nace un hermanito que muere a los tres meses. Dina queda sola y sus padres, Octave Bélanger y Sérafia Matte, saben darle una educación firme, marcada por los principios religiosos del catolicismo franco-canadiense. Una educación que, a pesar de su carácter tímido y voluntarioso, le impidió ser una niña caprichosa y egoísta y le enseñó a olvidarse de sí misma y a darse a los demás.

Adorada por sus padres, con una buena posición económica y numerosos amigos, su talento y formación le auguraban un porvenir brillante, lleno de promesas. Joven agraciada, de rostro dulce y de gestos delicados; dotada de una notable inteligencia, una definida personalidad y de un excelente talento para la música que perfeccionó en el Conservatorio de Nueva York.

Pianista y compositora, Dina, no fue sólo la joven provista de gran talento musical, muy aplaudido en sus conciertos, sino también la joven cuya vida espiritual

fue una sinfonía, interpretada en clave de fidelidad, que deja asombrados a todos los que se acercan a ella.

Su temperamento artista la hizo sensible a la voz interior de Jesús con quien mantuvo, desde pequeña, un constante diálogo. Más tarde, fiel a su llamada, para responder con amor al Amor que la sedujo, dejó todo lo que hubiera podido ser un porvenir lleno de atractivos: una vida familiar entrañable, una exitosa carrera musical, un futuro prometedor, la posibilidad de crear un hogar feliz..., para entregarse con un Si total, sin reservas, al que la quería únicamente suya, consagrándose a Él en la Congregación de las Religiosas de Jesús-María.

Dina es una vida llena de Dios. Su historia es la de una mujer enamorada de Jesús. La absorción total de sí misma por Aquel que la cautivó, hasta la “sustitución” de su ser por Jesús, la llevó a poder decir “Jesús y yo somos sólo uno: Jesús solo” (p. 169), eco fiel de las palabras de San Pablo: “No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí.”(Ga 2,20).

Su niñez y juventud se desarrollan en una vida normal, nada parece distinguirla de los demás. Es alegre, sociable, ama lo bello, la naturaleza. Es buena con una bondad que la inclina a los más débiles y más desfavorecidos. Nada permite adivinar la vida interior que la envuelve. Responde al Amor haciendo realidad su divisa: “Amar y dejar hacer a Jesús y a María” (p. 185).

Toda su existencia fue una entrega absoluta a Dios, una entrega que constantemente le exigía “más”. Dina dejó hacer siempre a Dios y sólo se dejó guiar por Él. En su Autobiografía, escrita por obediencia a sus superiores, con el lenguaje, propio de la espiritualidad francesa de su época, poético y simbólico, nos muestra su vida y su andadura mística con los acentos de la artista: un cántico de amor, un himno de acción de gracias, siguiendo las etapas que Dios le hizo recorrer, hasta hacerle entrar en los terrenos de la Trinidad (pp. 329-389). Sí, Dina es una mística comparable a los grandes místicos y es además una mística apostólica. Si su actividad apostólica se vio pronto reducida por la enfermedad, su celo misionero no disminuyó nunca. Dina quiso “recorrer el universo y consumirlo en las llamas infinitas del Corazón de Cristo” (p. 204) porque para ella, como para Santa Claudina, la mayor desgracia era la de quienes viven y mueren sin conocer a Dios.

Después de una corta existencia, muere el 4 de septiembre de 1929, unos meses antes de cumplir 33 años, con la promesa de permanecer al servicio de sus hermanos y hermanas de la tierra: “En el cielo yo seré una mendiga de amor; esa es mi misión y la comienzo inmediatamente” (p. 238). En sus últimos momentos quería aún sufrir más, y decía que se iba al cielo a trabajar hasta el fin del mundo... por todas las almas... (p. 392).

Su irradiación no se hace esperar. Las primeras publicaciones sobre su vida datan del 31 de agosto de 1932 y la primera edición de su Autobiografía de 1934. El papa Juan Pablo II la beatificó el 20 de marzo de 1993.

La Súplica del día de la beatificación dice: “Dina encarnó a la perfección el carisma de su Fundadora: revelar la bondad operante de Cristo. Su espiritualidad está totalmente centrada en el Corazón de Jesús en la Eucaristía con una dependencia filial en María. Su corazón apostólico arde en el deseo de hacer conocer y amar a Jesús y a

María hasta los límites del mundo. Ella quiere continuar su misión en la eternidad y mendigar el amor a favor de todas las almas, para la mayor gloria de Dios”.

La Historia de Dina es una historia apasionante. Aunque breve y limitada, su vida lleva siempre el sello del amor y su Autobiografía es una historia de amor. Su santidad no está en los múltiples dones extraordinarios que Dios le regaló, sino en su fidelidad ininterrumpida a la gracia.

En un mundo con guerras fratricidas, en que las opciones religiosas están a la intemperie, en que la fe se ha oscurecido, en que el dinero se ha erigido como un dios, en que el ser humano no cuenta ni al nacer ni al morir, en que numerosos jóvenes no encuentran el sentido a su vida, en que muchos artistas se dejan deslumbrar por el brillo pasajero del éxito inmediato, en que también algunos sacerdotes y consagrados han abandonado su primer amor, en que muchos enfermos no saben abrir la ventana de la esperanza hacia Aquel que les aguarda con los brazos abiertos, en que sin saberlo existen muchos buscadores de felicidad fuera de Dios, Dina, por su testimonio profético, tiene hoy un mensaje para todos, para la Iglesia y para este mundo desorientado. Un mensaje de acogida fiel, total y generosa de Jesús en nuestra vida.

II - ESPIRITUALIDAD

La espiritualidad es el lenguaje que expresa la relación entre Dios y el ser humano. Nos habla de esa necesidad constante, consciente y absorbente de Dios que configura la vida de una persona o de un grupo de personas.

La persona espiritual quiere asemejarse en todo a Jesús, pensar como Él, vivir como Él, identificarse con Él, y seguir sus pasos (1Pe 2,21). Cuanto más se asemeja la persona a Jesús tanto más honda es su espiritualidad.

La espiritualidad se va moldeando a través de la obra de Dios en su criatura. La persona viene regalada gratuitamente a través de encuentros fuertes y sostenidos con Dios, momentos en que, sin saber cómo, Dios se hace presente de una manera extraordinaria. Estos encuentros van captando la totalidad de la persona hasta dejar que sea Dios quien únicamente dirige su vida. De estos encuentros, cada vez más hondos, nace en la persona la respuesta a la acción de Dios y se va forjando su propia espiritualidad.

La santidad tiene diferentes maneras de expresarse y por ello también son diversas las espiritualidades. Entre otras, según la escuela que las forja, existe la espiritualidad benedictina, carmelita, mercedaria, dominicana, franciscana, ignaciana, etc.

Dina dejó siempre que fuera Dios quien dirigiera su existencia. Entrar en su espiritualidad es descubrir su relación con Dios y cómo hizo suya la espiritualidad de la Congregación de las Religiosas de Jesús-María, marcada por la influencia ignaciana. Vamos a esbozar algunos rasgos a través de su propia Autobiografía, teniendo en cuenta que su vida es tan rica que resulta imposible hacer un análisis completo.

DINA Y LA ESPIRITUALIDAD DE LA CONGREGACION

Dina dejó una estela profunda como auténtica religiosa de Jesús-María, viviendo plenamente el espíritu y la espiritualidad de su Congregación, concretada así en las Constituciones: “La espiritualidad de la Congregación, cristocéntrica y mariana, nace del amor del Corazón de Jesús y del Corazón Inmaculado de María. Este amor, a ejemplo de su Fundadora, debe caracterizar la vida espiritual y estimular el celo apostólico de cada religiosa. Nuestra espiritualidad se centra en la Eucaristía, don del amor y fruto del sacrificio de Jesús en la cruz. Desde sus comienzos ha recibido la influencia de la doctrina de San Ignacio.” (C 9).

Todos estos trazos se encuentran recorriendo su Autobiografía que es el espejo de su vida, un coloquio interior con Cristo con quien comparte sus designios de redención a favor de nuestro mundo. En el caso de Dina, como dice ella misma, no se trata de “revelaciones privadas”, sino de un modo clásico de vivir y expresar la vida espiritual en forma de diálogo interior con el Señor (p. 105).

La vida de Dina, como la de Santa Claudina y la de San Ignacio, fue enteramente apostólica. “La desgracia de los que viven y mueren sin conocer a Dios” marcó su vida y su espiritualidad. El cristocentrismo, su amor a la Virgen, su centralismo eucarístico,

su ser apostólico y la influencia de la espiritualidad ignaciana, resaltan con sólo abrir las primeras páginas de su Autobiografía. En la primera parte de la Autobiografía, Dina describe, con la exactitud que la caracteriza, su infancia, adolescencia y juventud y cómo se fue dejando conducir por Dios hasta llegar a la “sustitución” de su ser por Jesús. En la segunda, casi como un Diario espiritual, Dina va expresando su experiencia interior, comparable con la de los grandes místicos, y cómo Dios la lleva a través de etapas, cada vez más profundas, hasta entrar en la contemplación de la esencia de la Trinidad. Dina convierte su existencia en un cántico de acción de gracias y de alabanza a la gloria del Padre y enriquece, con armonía insospechada, el lema de su Congregación: “Sean por siempre alabados Jesús y María” (C 11).

Dina se deja atrapar enteramente por Dios. En ella, no fueron momentos esporádicos, sino un estado habitual de vida, hasta sentir y gustar que ya no era ella la que vivía sino que era Cristo quien vivía en ella (Ga 2, 20).

Dina, como San Ignacio y Santa Claudina, vivió la experiencia de ser conducida por Otro. Esta acción de Dios, lejos de pretender abrumarla, de causarle alguna tensión en el cumplimiento de sus deberes diarios, la hizo cada vez más activa en su respuesta al Señor, haciéndole descubrirse amada por un Dios que es Amor y que pide ser acogido totalmente.

Por su temperamento artístico y reservado, logró vivir en un estado de silencio interior que, sin embargo, no la alejó de los demás, sino que vivió lo exterior con gran atención y estando presente en todo, pero de tal manera que nadie pudo sospechar la riqueza de su vida interior, lo que el Espíritu obraba en ella.

CARACTERISTICAS GENERALES DE LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

Los rasgos más destacados de la espiritualidad ignaciana brotan de la experiencia mística de San Ignacio, que desde el principio fue una experiencia de Dios Trinidad junto al Cardoner. Esa experiencia le acompañó a lo largo de toda su vida y al final le colmó con gracias místicas de relación con las tres Personas divinas, como consta en su Diario espiritual. Aquella visión, cerca del Cardoner, donde Iñigo se llenó de Dios, cambió su vida, dejándolo comprometido a sufrir con Cristo, cargando la cruz, para participar en su misión salvadora. Ignacio entendió que Dios es un Dios activo, trabajando siempre en la vida del ser humano y por ello hay que estar atento a este Dios activo y responder de inmediato.

La espiritualidad ignaciana es una espiritualidad apostólica en términos de participación en la misión salvadora de Jesús, enviado del Padre para la vida del mundo. Es una integración de la propia vida a esta misión salvadora; alguien que se solidariza con los demás, que tiende al bien universal porque Jesús trajo la salvación para todos.

Toda la espiritualidad de Ignacio quedó marcada por el entrañable amor a Dios y el seguimiento personal de Jesús y la dejó plasmada especialmente en los Ejercicios espirituales. He aquí los rasgos típicos:

- 1.- Cristocentrismo: Un amor entrañable y seguimiento personal de Jesucristo: conocimiento interno, amor, seguimiento y servicio a su misión: con Él y**

como Él. La espiritualidad ignaciana es fuertemente cristocéntrica.

- 2.- **Búsqueda constante de la voluntad de Dios:** lo que Él quiere de mí. De allí la importancia de la disposición interior de atención y respuesta. Para ello, hay que hacerse indiferente a todo lo creado, indiferencia que lleva a la libertad para buscar y hallar la voluntad de Dios y adherirse totalmente a ella.
- 3.- **Discernimiento espiritual:** Una actitud permanente de libertad interior; para ver cómo puedo mejorar mi realidad para hacerla más acorde al Evangelio, y distinguir movimientos que refuerzan mi orientación hacia Dios de los que me separan de Él. ¿Qué he hecho por Cristo, qué hago, qué haré?
- 4.- **Examen periódico:** Conocer mi realidad, tanto en lo positivo, para dar gracias a Dios, como en lo negativo para pedirle perdón y superarlo con su ayuda. Detectar y responder a la presencia de Dios.
- 5.- **Sentido del Magis,** lo más, lo mejor, la mayor abnegación, con discernimiento. Esfuerzo constante por conocer más, amar más, servir más, seguir a Jesús pobre y humilde. Jesucristo es el horizonte y referencia del “más” ignaciano. Es el “más” del amor a Jesucristo y de la identificación con sus actitudes. Es un “más” humilde. Sentir un deseo muy grande pero, al mismo tiempo, ser consciente de sus propias limitaciones y de la ayuda que se necesita de la gracia.
- 6.- **La mayor gloria de Dios.** La primacía de lo divino: la gloria de Dios. Ignacio fue un hombre apasionado. Antes de su conversión, quiso ser el mejor guerrero; después, toda su vida fue para “la mayor gloria de Dios”: síntesis de la espiritualidad ignaciana.
- 7.- **Servicio apostólico ensanchando el corazón a las dimensiones del mundo con disponibilidad y gratuidad.** La visión del Cardener le llevó a “ayudar a las almas”. Esto era para él la espiritualidad apostólica, ayudar a todos en todo, especialmente a que vuelvan a Dios, dando gratis lo que gratis se ha recibido.
- 8.- **Buscar y hallar a Dios en todo lo creado** siendo contemplativos en la acción; unidos a Él en todo lo que se hace. Permanente deseo de buscar a Dios en todas las cosas.
- 9.- **Unión y familiaridad con la Santísima Trinidad.** Vida de unión íntima con Dios en el orar y en el obrar. La experiencia personal de Ignacio fue desde el principio y a lo largo de su vida una experiencia de Dios Trinidad. El Principio y Fundamento nos habla de: alabanza y glorificación con el Padre, seguimiento y servicio con el Hijo y aceptación de sus mociones con el Espíritu.

III - ELEMENTOS DE LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA EN DINA

En Dina hay muchos elementos de la espiritualidad ignaciana: el sentido de Dios, el amor y seguimiento de Cristo, el orden del Principio y Fundamento, la unión con Dios, la obediencia, el sentido apostólico, el deseo del “magis”. Además, como trazo característico: la glorificación de Dios y la búsqueda de su voluntad; la indiferencia y la libertad interior, el discernimiento, la contemplación para alcanzar amor, el espíritu de renuncia.

Ciertos de estos rasgos, ya están presentes antes de entrar en la Congregación de las Religiosas de Jesús-María. Después, desde su ingreso en Jesús-María, asimiló progresivamente el influjo de la espiritualidad ignaciana pero con su propia personalidad espiritual; logró, de hecho, fundir con armonía el cristocentrismo-mariano que ya vivía con el influjo de la espiritualidad de Jesús-María, dándole una consistencia más fuerte, al vivir el cristocentrismo en clave trinitaria, eucarística y mariana.

Aunque ella nunca estudió teología ni las obras de San Ignacio, en la vida religiosa tuvo una formación marcada por la espiritualidad ignaciana, sobre todo a través de los Ejercicios espirituales que probablemente hizo por primera vez al entrar en el postulanteado.

En este primer retiro intensificó el sentido de la fidelidad a Dios, el “desaparecer”, el silencio y la observancia ejemplar de la vida común. Dina comprendió lo grande que había sido el amor de Dios para con ella y cuánto empeño tenía que poner en entregarle el suyo a cambio. De aquí el deseo creciente de dárselo todo al Señor con el voto de lo más perfecto (pp. 138, 152, 181, 265...), darle siempre el “más”, simplemente para decirle a Dios que le ama, que cuenta con Él, que está segura de Él y que se abandona a su acción (p. 221), pero también como ella misma dice: “el voto de lo más perfecto, no sólo es el voto de amor y de abandono,... voto de sonreír constantemente al Amor infinito y misericordioso de Dios, sino de total olvido propio para que Dios solo, sea siempre el todo” (p. 253).

Al final de otro retiro, el propósito de: “quiero ser santa” (p. 139 y 163...), deseo que ya tenía desde niña, y el objetivo: “Jesús y María, la regla de mi amor y mi amor la regla de mi vida” (p. 139) tienen una tonalidad ignaciana, así como “la fidelidad a Dios y la más perfecta unión con Él durante el día” (p. 142).

En el retrato de una fervorosa novicia de Jesús-María, escrito por Dina, aparece claramente la influencia ignaciana: la alabanza a Dios, la prontitud en el servicio a Jesús, el celo por la salvación de las almas, la búsqueda de la gloria de Dios, el desprendimiento de las criaturas, la obediencia, el amor a Dios (pp. 134-135).

Los trazos ignacianos son aún más patentes durante los últimos años de su vida: la mayor gloria de Dios, el Principio y Fundamento, la adhesión amorosa al querer divino. Todo fue creciendo, especialmente a partir de su profesión religiosa. La docilidad y fidelidad a la gracia y el ofrecimiento de su vida acercan aún más su espiritualidad a la de San Ignacio: “Eterno Señor de todas las cosas...” (EE 98) imbuyéndola en aquel silencio que piden los EE para poder percibir la voz de Dios.

Su intimidad con el Señor la llevó a ser fiel en los gestos más humildes, y su fidelidad la condujo al abandono total y confiado en Jesús y en María. Su divisa: “Amar y dejar hacer a Jesús y a María” (p. 185), la condujo hasta la oblación total de su persona expresada en San Ignacio en: “Tomad, Señor, y recibid...dadme vuestro amor y gracia que ésta me basta” (EE 234), “deseando reproducir a Jesús crucificado en todo su ser” (p. 379).

Siguiendo algunos aspectos de la espiritualidad de Dina descubrimos los rasgos de la espiritualidad de la Congregación de las Religiosas de Jesús-María: cristocéntrica, mariana, centrada en la Eucaristía y con influencia ignaciana.

Cristocentrismo: Amor entrañable a Jesucristo

La experiencia mística de Dina se caracteriza por un maravilloso cristocentrismo. Cristo fue siempre el centro de su vida. En la Introducción de la Autobiografía (p. 39), Dina escribe: “No soy la que vivo, es Jesús quien vive en mí” (Ga 2, 20). Allí está la clave de lectura de su espiritualidad y el hilo conductor de toda su vida. Dina hizo suyo el “conviene que Él crezca...” (Jn 3,30) como condición indispensable para la “sustitución” y su ideal fue: desaparecer, para dejarse sustituir por Cristo hasta poder decir: “No somos más dos: Jesús y yo; somos uno: Jesús solo. El se sirve de mis facultades, ... es Él quien piensa, obra, habla, ... en una palabra, quien vive” (p. 169).

Antes de entrar en Jesús-María su conformación con Cristo había llegado ya a niveles altísimos y su espiritualidad era ya fuertemente cristocéntrica. Desde pequeña estaba dispuesta a cualquier sacrificio para probar su fidelidad y su amor a Jesús, incluso con el martirio (p. 70). Dina le dejaba hacer. En noviembre 1923, el Señor se había sustituido en ella (p. 171), obraba en su lugar y ella comprendía que podía actuar como si fuera Jesús y utilizar sus méritos para la salvación de las almas. El hecho de ser sustituida por Cristo no comportó nunca una pasividad entendida como inacción. Fue siempre abandono voluntario a la gracia. Anonadada en Jesús, Dina dice que jamás perdió su voluntad; aceptaba lo que el Señor le pedía, con plena libertad y responsabilidad (p. 205). Cuanto más crecía en Dina el proceso de cristificación tanto más Dina testimoniaba a Jesús su fidelidad y su docilidad. Se trataba de cooperar con Cristo dejando que Él la transformara y obrara en su lugar.

En el cristocentrismo de Dina se encuentran trazos de su originalidad: Su ideal y deseo más vehemente era que Jesús realizara en ella la “sustitución” (p. 169), para lo que era necesario: el vaciarse de sí misma, el abandono de sí misma a Dios y el recogimiento. Esto fue posible gracias a la coherencia de Dina, a su fidelidad a la gracia y a la guía de Jesús. Desde el principio de su vida religiosa, Dina tuvo la voluntad de imitar a Jesús, de ponerle en primer lugar y dejarle hacer en ella y, porque amaba, sufrir por las heridas que, con sus infidelidades, le causaban las almas. Así, el deseo expreso de Jesús de que todas las almas se salven, fue siempre el deseo de Dina.

Progresivamente, sustituida por Cristo, dejó que Él fuera el alma de su alma, hasta la muerte del propio yo. Dejar hacer a Jesús no fue en Dina un aspecto secundario de su espiritualidad, sino algo central. Dina se lo jugó todo por Cristo. En su progresivo desaparecer, Jesús llegó a ser el protagonista de su vida, su yo más

profundo. La relación personalísima con Cristo por una constante unión de amor, fue el secreto de Dina. Era consciente de la presencia de Jesús en ella y su intento era amar a Dios de manera total y absoluta. Así el proceso de cristificación se hacía siempre más intenso y profundo a medida que la acción de Jesús se hacía más penetrante y ella colaboraba en ello. La fantástica ternura vivida entre Dina y Dios llegó hasta sentirse llamada por Jesús “mi pequeño otro-Yo” (pp. 296...).

San Ignacio en los Ejercicios conduce al ejercitante a vivir cada vez más el misterio de Cristo en todos sus aspectos, a conocerle internamente. En Dina esta vida en Cristo culmina en la ofrenda de Cristo al Padre bajo el impulso del Espíritu Santo (p. 232). Es Jesús quien vive y se ofrece en ella, identificándola a todo su misterio (pp. 374-376).

Sin duda, podemos afirmar que Dina, no sólo vivió una espiritualidad cristocéntrica, sino que fue una criatura cristificada por su docilidad a la gracia, hasta sentir que el Señor le decía “tú no me poseerás más en el cielo porque yo te he absorbido por entero” (p. 214). Dejando hacer a Jesús y a María, dejó obrar al Amor. Dios solo fue su todo y en Él se consumió su existencia, rica de gracia y de respuestas de fidelidad.

Principio y Fundamento

San Ignacio en los Ejercicios nos muestra a Dios como Principio que crea por amor e infunde en la criatura el fin de la eterna felicidad que el hombre obtiene con la “indiferencia” y el uso medido de las criaturas, para servirle con libertad y siempre en función del fin. El Principio y Fundamento es aquella parte de los Ejercicios que establece la norma, sentido y fundamento de la vida. Dios crea al hombre por amor y para comunicarle su amor, y de su relación de criatura ante Dios deriva el fin de su vida: alabarle, reverenciarle, amarle y ponerse a su servicio; de allí el uso tanto cuanto de los medios (EE 23).

Dina pone en Jesús su Principio y Fundamento. En ella está siempre presente el sentido de ser “criatura” como conciencia del propio límite, y el sentido de pecado como infidelidad que aleja de Dios. Su empeño ascético desde niña se mueve en estas dos direcciones y tiende a conseguir el fin: la unión con Dios y la salvación eterna. Como toda criatura experimenta sus límites y al mismo tiempo se siente llamada a una vida sobrenatural. Ante muchas opciones atractivas tiene que escoger algunas y renunciar a otras, para acceder a la plenitud de comunión con su Creador (p. 67). Consciente del amor de Dios, alabarle, reverenciarle y servirle es la consecuencia lógica de este amor. Ella vive la relación de criatura ante Dios, el Principio sobre el que apoya su fragilidad y el Fundamento que da alas a su amor.

En la introducción de la Autobiografía, Dina expresa la voluntad de vivir en Cristo y realza el agradecimiento de haber sido objeto del amor infinito de Dios, que ha amado en ella su extrema pobreza de criatura (p. 39). De esta manera muestra en qué sentido reconoce en Jesús su Principio y su Fundamento, el abismo del que fue llamada y al que dirige todo pensamiento en cada momento de su vida. En esta óptica dejó que Dios obrara siempre en ella y, adhiriéndose siempre más a Él, adquirió en cada acontecimiento, en cada pensamiento y acción, la voluntad de la mayor gloria de su

Creador y Señor. El influjo de la espiritualidad ignaciana no fue algo exterior en Dina; ella lo vivió en profundidad.

Alabanza

En la Autobiografía es frecuente la alabanza, la acción de gracias, la reverencia amorosa hacia Dios y, desde la Introducción de la misma, Dina promete a Jesús ocuparse sólo de Él (p. 39). El título de la Autobiografía: “Cántico de acción de gracias o Cántico de amor”, es como la síntesis de su vida y pone en evidencia la alabanza a Dios, a través del agradecimiento por su presencia amorosa.

San Ignacio en los Ejercicios pide la gracia de que todas las intenciones, decisiones y acciones estén totalmente ordenadas al servicio y a la alabanza de la divina Majestad (EE. 46). Por la “sustitución” Dina quería que Jesús creciera de tal manera en ella que el Padre viera sólo la imagen de su Hijo y oyera sus oraciones y sus súplicas (p. 212). Que su vida fuera una alabanza constante al Padre.

Búsqueda constante de la voluntad de Dios

Buscar el querer de Dios es siempre una elección y dejar hacer es dejarse amar, ser obra de sus manos (Ef 2, 10). Dina buscó siempre la voluntad de Dios. Desde pequeña vivió en una atmósfera familiar de constante conformidad a lo que Dios quería (p. 41). La obediencia a sus padres, a la maestra, al director espiritual, todo lo vivía como aceptación del querer de Dios, viéndole a Él en la autoridad y acogiendo con fe lo que le transmitían. Queriendo hacer la voluntad de Dios se dejaba manejar por Él abandonándose ciegamente a su acción (p.72).

Dina sentía una santa indiferencia por todo lo que no fuera voluntad de Dios y esto durante toda su vida. “La voluntad de Dios, en el momento presente, era su única felicidad” (pp. 107, 136, 204...).

Obediencia

San Ignacio quiso la obediencia como virtud característica de la Compañía. En la espiritualidad de Jesús-María también la obediencia “ante todo” es una característica que Santa Claudina quiso imprimir en la Congregación (C 29-33).

Obedecer es escuchar a Dios “a través de”, para buscar y encontrar su voluntad. Dina se hizo notar siempre por una obediencia pronta, exacta, total, alegre, en familia, en la escuela, en el Conservatorio y como religiosa, no sólo a lo que se le pedía, sino también a los simples deseos. Ella misma dice que, atraída por el deseo de cumplir la voluntad de Dios, se sometía a la más pequeña recomendación con la misma fidelidad y prontitud que a las más severas ordenes (p. 51). Por obediencia habría aceptado todo, aun la renuncia al trabajo musical, si ésta era la voluntad de Dios (p.122).

Como religiosa, se aplicaba a la regla con absoluta fidelidad (p. 126). Seguía los consejos de la Maestra de novicias y de sus superiores como expresión del querer de Dios (pp. 153, 373...). Pedía el espíritu de obediencia... para no negar nada a Jesús y ser fiel a todas sus gracias... por amor (p. 159). Del retiro, al terminar el postulantado, sacó la conclusión de “obedecer ciegamente, sufrir alegremente, amar hasta el martirio” (p. 124). En muchas ocasiones, después de fuertes momentos de tentación, la obediencia la liberaba para poder comulgar (p. 257, 373, 388...).

Dejar hacer a Jesús fue su lema más significativo y someterse totalmente a la obediencia le daba la seguridad de hacer la voluntad de Dios. En su vida religiosa hubo circunstancias en que la voluntad de Dios, expresada a través de la obediencia, le exigió renuncias muy difíciles. Cuando, en marzo 1924, su superiora le pidió que escribiera su vida sintió como nunca el peso de la obediencia, pero se sometió por amor y lo hizo con una sencillez y humildad que nos deja maravillados (p. 39). Obedeció también, aunque le costaba un gran sacrificio, tener que rezar por su propia curación en agosto 1924, porque su único deseo era unirse lo antes posible con Jesús (p. 194). Más tarde, cuando se le permitió hacer el voto de lo más perfecto (p. 196), Dina puso ante todo la obediencia a sus superiores como expresión de la voluntad de Dios: “en primer lugar, la obediencia era la regla de lo más perfecto” (p. 198).

Los últimos años de su vida fueron un continuo acto de obediencia, sometiéndose siempre a la voluntad de Dios en medio de los sufrimientos y sin dejar de poner por escrito mientras pudo, hasta julio 1929 (p. 392), aunque le costaba, todos sus secretos con el Señor, todos los favores celestiales de los que estaba colmada (p. 295). Una obediencia así supone un alto nivel espiritual y es la de aquellos que han superado la estrechez de su individualismo, abriéndose a la infinitud de Dios.

La mayor gloria de Dios

La “mayor gloria de Dios” es uno de los fundamentos con que San Ignacio marcó a la Compañía. Claudina Thévenet persiguió este mismo ideal en la Asociación del Sagrado Corazón antes de la fundación de la Congregación y después lo dejó reflejado en las Constituciones. Dina lo hizo suyo, puesto que confirmaba su mismo ideal de vida.

Dina no tenía otro deseo que el de la mayor gloria de Dios (p. 183, 276). La “mayor gloria de Dios” es vivir en todo la primacía de lo divino: la gloria de Dios. Este primado de Dios es evidente en su vida y es indiscutible que lo hizo suyo desde niña gracias, sobre todo, a la educación familiar. Sus padres habían contribuido a que supiera ver en todo a Dios y su gran deseo fue siempre la unión perfecta con Él y su mayor gloria.

Trabajar por “la mayor gloria de Dios” fue para Dina el deber imperioso de “ser santa” (p. 41, 54, 139, 163, 207...). Querer ser santa es tener muy claro en la vida que sólo así se responde al amor de Dios y se trabaja por su mayor gloria (p. 108).

Desde siempre, la oración, la atención a evitar cualquier ofensa a Dios, la fidelidad a la gracia, la seriedad en todo lo que hacía, la realización del propio deber con empeño y responsabilidad, son los frutos más evidentes de un amor exclusivo a

Jesús y el testimonio más elocuente de la primacía de Dios en su vida. Procurar amar y sufrir más, la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas se convirtió para ella en una verdadera pasión (p. 250-251).

Magis

Dina nos dice: « Yo era de naturaleza extremista; me entregaba al bien, y entonces estaba decidida de ir hasta la cumbre” (p. 71). Dina era fiel, diligente, hacia todo con pasión; en el colegio apuntaba siempre al primer lugar y si lo perdía trabajaba hasta recuperarlo (p. 51). En cuanto aparecía un defecto, quería destruirlo porque estaba resuelta a evitar todo lo que pudiera desagradar al Señor (p. 73) y aunque su naturaleza colérica emergía alguna vez, por amor a Jesús, en lucha contra su propio “yo” (pp. 73, 76, 101), lograba mantener el control de sus emociones.

Dina ardía en el deseo de ser mártir; a menudo decía: “Jesús, tú has muerto por mí, nunca mi amor estará colmado si no me concedes la gracia de morir mártir” (p. 70). Este deseo crecía con los años. Quiso siempre dar más y más a Jesús siendo en todo fiel a la gracia.

Jesús mismo era su Maestro interior y todo era buscar lo más perfecto, para testimoniarle un amor total y sin reserva; “para mí, dar menos, me parecía un amor tibio” (p. 109). No es un “más” de voluntarismo, sino el de no conformarse con la aceptación de la mediocridad. Dios pone en el corazón el deseo de “más”. Es querer imitar y parecerse a Jesucristo, desear identificarse con todo lo que Cristo ha amado y abrazado (EE 167). En Dina el “magis” nace de la experiencia de ser amada y se alimenta del agradecimiento por ese amor y por todos los dones recibidos, lo que hace que el “más” no sólo sea llevadero, sino deseado. No crece en acciones externas sino en fidelidad y compromiso interior, sostenido por la experiencia del amor. La vida religiosa le dio muchas motivaciones para desear y vivir el “más” identificándose con Cristo. Con este gran deseo de “magis” sus superiores le permitieron hacer el voto de lo más perfecto el 2 de octubre de 1924 (p. 196).

Discernimiento espiritual. Examen periódico

Dina practicó el discernimiento de espíritus y el examen con gran fidelidad, porque su único deseo era buscar y hacer siempre la voluntad de Dios. Muy a menudo, ya desde antes de entrar en la vida religiosa y después hasta el final de su vida, el demonio intentaba ponerle trampas para desalentarla (p. 61, 120...). Saber discernir fue para Dina una gran ayuda para no caer en la ilusión, sobre todo, cuando el Señor se le comunicaba en el fondo de su corazón. La técnica del discernimiento la perfeccionó en la escuela de la espiritualidad ignaciana.

El silencio era necesario para el discernimiento y el presupuesto para acoger y reconocer la Palabra de Dios distinguiendo su Voz de la del Maligno. Al discernir, Dina se daba cuenta de que esta última se manifestaba a través de un lenguaje bullicioso, ruidoso, agitado; la voz de Dios se dejaba oír sólo a través del recogimiento, la armonía, el silencio absoluto (p. 104); el maligno es la angustia, la coacción: ¡Ofrécete!;

Jesús la paz, la libertad; ¿Quieres? (p. 316). La obediencia calmaba sus angustias y le permitía guardar la paz (p. 373). A menudo, el demonio la tentaba, pero gracias a la atención dada a la voz del Señor, Dina lograba desviar los ataques y sentirse animada. Cuando temía caer en la trampa, el Señor la empujaba a la contrición y humildad y le permitía discernir mejor los fenómenos que vivía (p. 229, 234).

En cuanto al examen, Dina habla claramente del examen particular (pp. 142, 159, 170...) y la atención a él revela su formación ignaciana. El sujeto de su examen particular, desde de su entrada en el noviciado, fue querer hacer de su vida una continua oración, estar unida a Él sin interrupción en la oración, el trabajo, el reposo; “la práctica de la unión con Dios continuaba siendo el objeto de su examen particular” (pp. 132, 151, 160...). Dos fueron los sujetos de este examen: “es necesario que Él crezca y yo disminuya” (p. 138) y el “cumplirlo todo por amor a Jesús” (p. 139).

Dina, aun antes de entrar en la vida religiosa, hacía también con fidelidad cada noche el examen de conciencia lo que, según ella, le ayudaba a permanecer en la paz (p.79). Para el examen general mantenía prácticamente un tiempo de acción de gracias y otro de reconciliación con Dios, mientras que el sujeto del examen particular variaba un poco según su andadura espiritual. En la práctica de la meditación era fiel a las adiciones y al examen de la oración (p. 184, 319).

Sentido apostólico; disponibilidad, gratuidad

Desde niña, aprendió la caridad con el prójimo acompañando a su madre en las visitas a los pobres, enfermos e indigentes de cualquier tipo (p. 46). Tenía una gran sensibilidad ante la miseria humana.

En sus Constituciones, la Congregación de las Religiosas de Jesús María se define como “esencialmente apostólica” (C 2). “Claudina enteramente entregada a la acción del Espíritu, penetrada de un conocimiento íntimo de la bondad operante de Cristo y conmovida por las miserias de su tiempo, tuvo un solo deseo: comunicar este conocimiento, y una angustia; ver abandonados a su desgracia a quienes viven en la ignorancia de Dios” (C 3). También a Dina, entregada totalmente a la acción del Espíritu, penetrada de un conocimiento íntimo de la bondad y el amor de Dios, le mueve la angustia de los que viven sin conocerle.

Una característica de la Congregación de Jesús-María es la unión de una profunda vida interior con una actividad apostólica-educativa. Son dos aspectos complementarios. Lo que sorprende en Dina, es la perfecta identificación como religiosa de Jesús-María de la unión de la vida interior con el compromiso apostólico, dentro de los límites fijados por la obediencia y el deterioro de su salud.

Hija de la Congregación de Jesús-María, Dina supo conjugar sabiamente “la acción y la unión mística” con la resolución de servir “sólo a Dios” presente en el prójimo. Dina fue contemplativa en la acción, asimilando personalmente, la espiritualidad ignaciana. Por ello, no obstante la inactividad impuesta por la enfermedad, fue un alma apostólica, vibrante de amor por las almas, exactamente como quería Santa Claudina que fueran sus hijas.

Dina buscaba, por una adhesión constante y perseverante a la voluntad de Dios, la unión y la identificación con Cristo y, por la atención llena de amor hacia el prójimo, vivir el ideal apostólico de su Congregación. A menudo durante el día, renovando sus Votos añadía: “Te pido la gracia de vivir y morir mártir de amor, víctima de amor, apóstol de amor” (p. 151).

San Ignacio nos habla de la preocupación por todas las almas: “Mi voluntad es de conquistar todo el mundo...” (EE 95). Nos dice también que la misión no consiste sólo en ofrecer todas nuestras personas al trabajo, sino también en afectarse y señalarse en “...imitar a Jesús en pasar toda injuria y toda humillación y toda pobreza...” (EE 98) con Jesús y como Jesús. Y no hay mayor pobreza y humillación que la que trae consigo la enfermedad, la debilidad corporal, el depender de otros; en definitiva todas las pasividades, acogidas y aceptadas como voluntad de Dios, como hizo Dina, porque nunca es más clara esta voluntad que en la pasividades que proporciona la vida.

La disponibilidad apostólica nos mueve a salir de nosotros mismos, “salir de nuestro propio amor, querer e interés” (EE 189) para dejar espacio a Dios. No hay verdadera espiritualidad que no nos descentre de nosotros mismos. “Entrar en Dios” es correlativo “a salir de sí”. Esto pide “abnegación” y esto fue lo que vivió Dina y así toda su vida fue plenamente apostólica.

En el noviciado, su primer empleo fue la enseñanza del piano. Sus alumnas han guardado un recuerdo excelente, incluso si era exigente y sabía hacerles aceptar el cumplimiento del deber. Siguiendo el querer de Santa Claudina, Dina nos dice que si se hubiera permitido algunas preferencias hubiera sido con las niñas menos dotadas o con las que tenían dificultades para el estudio (p. 135). En St-Michel y en Sillery enseñó también música en varios periodos interrumpidos por las estancias en la enfermería a causa de haber contraído una enfermedad contagiosa cuidando a una alumna (p. 166). Volver a la enseñanza era una alegría a la que, tal vez, había renunciado fiel a su divisa: Amar y dejar hacer a Jesús y a María. Su impulso de amar se hacía misionero. Lo que para ella es hambre de amor, es en sustancia hambre de Jesús, de las almas, de todas las almas (pp. 203, 227). Durante el día eran múltiples sus intenciones apostólicas y al final de su vida, ante el deseo del Señor, dedicó cada día de la semana a una intención particular (p. 343).

Aunque la actividad apostólica, debido a la enfermedad, fue corta en la vida de Dina, las frecuentes permanencias de Dina en la enfermería no lograron apagar su ardor apostólico y, siguiendo el carisma de su Fundadora, asegura: “Mi misión en la eternidad, desde ahora hasta el fin del mundo, es y será irradiar, por medio de la Virgen, el Corazón de Jesús en todas las almas, por eso yo debo permanecer aniquilada, amar y dejar hacer a mi divino Sustituto y a la Virgen” (pp. 273-274). Dina dice: “En el cielo, quiero apagar el amor infinito de Dios. Para realizar mi ideal necesito utilizar los tesoros infinitos del Señor. Él ha dicho: Pedid y recibiréis. Pues bien, en el cielo yo seré una pequeña mendiga de amor, ¡he aquí mi misión! Y la empiezo inmediatamente. Jesús necesita darse a las almas. ¡Si pudiera, agotaría sus tesoros de gracia por cada una de ellas! Sí, quiero agotar a Jesús infinito para satisfacer el Amor infinito” (p. 238). “Él me ha dado su Corazón y puedo hacer lo que quiera con sus tesoros inagotables...” (p. 260). “Jesús tengo hambre de las almas ¡De todas las almas y de su perfección!” (p. 203). Dina está convencida de que pasará su cielo haciendo el

bien sobre la tierra... “La Virgen es quien distribuirá las riquezas del Corazón de Jesús, yo, escondida en el Corazón de María, pediré sin cesar que las derrame. Sí, en el cielo, hasta el fin del mundo, mendigaré constantemente el amor” (pp. 238-239).

Para Dina la unión con Jesús es comunión con su obra de salvación para que todos los hombres se salven, que ninguno se pierda. Ella nos dice. “Quisiera, por la aplicación de los méritos de Cristo, cerrar el infierno para siempre” (p. 146).

Jesús le hizo comprender la verdad de que “los hombres son solidarios unos de los otros tanto en la vida espiritual como en la social y esto le hacía ver que tenía una parte de responsabilidad hacia todas las almas, las presentes y las creadas en el futuro. Un solo acto de amor que Jesús ofrece a su Padre, puede salvar millones de mundos. Por tanto, si Él vive en mí y yo permanezco anonadada en Él, Jesús, puede libremente cumplir su misión apostólica,... pero, si yo deseara renacer, pondría obstáculos a la acción divina y sería responsable del bien que no se cumpliría por mi causa... (p. 174). Ahora comprendo la misión de la que Jesús me había hablado antes de entrar en el noviciado” (p. 105).

Seguir a Jesucristo es vivir compartiendo su vida y su misión. Sin unión con Él, el quehacer apostólico es una funcionalidad. Dina vivió el tercer grado de humildad al elegir el sufrimiento redentor convirtiéndolo en apostolado. Amable y sonriente, ofreció todos los servicios que pudo desde su habitación de enferma: composiciones musicales, correspondencia para las religiosas, traducciones, clases de piano a través de sus cartas... Después de su muerte, las religiosas se asombraron de ver la cantidad de trabajo que había hecho aun estando enferma.

De ella se puede decir que fue la mujer de la gloria divina, de la abnegación radical y del celo ardiente por la salvación de las almas.

Buscar y hallar a Dios en todo

En la Autobiografía descubrimos que Dina tiene un don especial para reconocer el amor de Dios en su vida y en su historia y así encontrar a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios. En el “observar cómo Dios habita en las criaturas” (EE 235), se afinaba su sentido contemplativo para ver a Dios en todo.

A medida que crecía en edad, crecía su sentido de gustar internamente la presencia de Dios en todo lo creado. “Las flores la maravillaban... ver una sola la elevaba a Dios” (p. 55). En el campo, durante las vacaciones, se conmovía ante el espectáculo “de un crepúsculo, de un claro de luna, de las estrellas, de las plantas, de las flores, de los frutos, de los arroyos, de los ríos, de las mariposas y de los pájaros gorgojeando...” (p. 61). Todo era como un amante que la seducía para llevarla a Dios y le ayudaba a unirse a Él. Dina nos dice: “Todo me llevaba a enmudecer o incluso, inconscientemente, me inflamaba de agradecimiento y amor hacia el Infinito, me consumía del deseo de poseerle a Él, Belleza ideal” (p. 62).

Dina no sólo encontraba a Dios en la naturaleza, sino también en los acontecimientos diarios, en su propia vida y en la de los demás.

Cuando de novicia empezó la enseñanza del piano, veía a Jesús en sus alumnas; se lo representaba a la edad de cada una de ellas y sentía que el profesor era el mismo Jesús viviendo en ella (p. 126).

En comunidad Dina observaba también a sus hermanas y en ellas descubría a Dios. En cualquier acontecimiento que se presentaba buscaba la presencia de Dios. Todo la llevaba a que creciera en ella el buscar y encontrar a Dios en todo y todo en Él.

Espiritualidad mariana

La espiritualidad mariana, tan propia de la Congregación de las Religiosas de Jesús-María, está fuertemente anclada en la vida de Dina. Dina es una criatura con marcadas irradiaciones marianas. Uno se maravilla del lugar extraordinario, del papel de primer plano, reservado a la Virgen en la vida ascética y mística de Dina.

Casi en cada página de su Autobiografía aparece María. El día de su Primera Comunión se entregó completamente a la Virgen por la práctica de la devoción perfecta, llamada el Secreto de María de Grignon de Montfort (p. 65). Consideraba el don total de sí misma a Jesús por medio de María, como camino privilegiado de su unión con Él. Según Dina todo debe hacerse con Ella, por Ella, en Ella. Hablando de la Virgen Dina nos dice: “quisiera consagrarle todas las almas, porque Ella es la que conduce a Jesús” (p. 66). Dina insiste también sobre el papel materno de María en todas las etapas de su andadura espiritual: “Jesús y María no se separan nunca en la historia de las gracias divinas que he recibido constantemente” (p. 43). Dice que “todas las gracias del cielo descienden sobre la tierra pasando por la Virgen... y ella será una pequeña mendiga de amor en provecho de todas las almas para la mayor gloria de Dios” (p. 238).

Esta presencia de María en la vida de Dina queda reflejada, entre otras cosas, en su divisa “Amar y dejar hacer a Jesús y a María” (p. 185), y en su objetivo: “Irradiar por la Virgen, el Corazón de Jesús sobre todas las almas” (p. 273).

Tanto más Dina es elevada por el Espíritu Santo a la contemplación de los misterios del Corazón de Jesús, hasta el santuario de la adorable Trinidad, tanto más siente la necesidad de tenerse estrechamente unida a María, mediadora de todas las gracias. Sabe que “María ofrece constantemente Jesús en su lugar, para alabar, agradecer a Dios, colmar sus atributos infinitos y obtener misericordia para las almas” (p. 297). Dina hacía siempre por María su ofrenda de Jesús al Padre (p. 344) y le “pedía que no permitiera que pusiera el menor obstáculo a la acción de Jesús” (p. 381).

Centralidad eucarística

San Ignacio vivió el amor a la Eucaristía con una gran profundidad mística. Cuando celebraba la Santa Misa, sobre todo durante los últimos años de su vida, el tiempo pasaba sin percibirlo y el Señor le absorbía todo su ser, hasta derramar lágrimas.

Dina, desde muy pequeña, fue una persona totalmente eucarística. Cuando llegó el día de su Primera Comunión nos dice: “Las cosas exteriores no me ocupaban, yo pensaba en el que iba a ser mi Huésped sagrado... Jesús era mío y yo era de Él. Esta primera unión íntima dejó en mi alma, entre otras gracias, el hambre de su Cuerpo y de su Sangre, hambre que aumentaría en cada una de sus futuras visitas” (pp. 57-58). Delante de la custodia, Dina se sentía cautivada y deseaba ardientemente ver a Jesús y su súplica se convertía en un aumento de fe en su presencia real; por otra parte, cuando había comulgado por la mañana, no temía nada (p. 59).

“El 25 de marzo de 1908, a los 10 años, durante mi acción de gracias después de la comunión, Nuestro Señor se comunicó a mi alma con una nueva luz. Era la primera vez que yo oía claramente su voz -interiormente, se entiende-, voz dulce y melodiosa que me inundó de felicidad” (p. 61).

Durante la acción de gracias de la comunión, Dina quería siempre aplicar los méritos de Jesús para salvar todas las almas que están en peligro de perderse (p. 146).

En el noviciado escribe: “mi hambre de la santa comunión crecía siempre. Un día sin pan, ¿no es una jornada sin sol?” (p. 149). Para ella verse privada de la Misa y de la comunión, a causa de la enfermedad, era un gran sacrificio, pero no por eso dejaba de unirse más intensamente a Jesús (p. 167, 291...). A menudo el maligno la tentaba para que no pudiera comulgar, ella con la ayuda de Jesús, reconocía las trampas y sentía como Él, con su autoridad, calmaba la tempestad (pp. 315, 330).

Dina está convencida de que “si las almas comprendieran el tesoro que poseen en la Eucaristía, habría que proteger los sagrarios con murallas inexpugnables; porque en el delirio de un hambre santa y devoradora, irían ellas mismas a alimentarse de este maná; las iglesias, de día y de noche, desbordarían de adoradores consumiéndose de amor por el augusto Prisionero” (p. 231).

Dina encontró en su familia religiosa, cuya “espiritualidad... nacida del amor de los Corazones de Jesús y de María... está centrada en la Eucaristía” (C 9), respuesta a sus profundas aspiraciones. Para Dina la manifestación del amor de Jesús alcanza su cumbre en la Eucaristía, efusión de ternura, desbordamiento del Infinito en lo finito ... (p. 231). La oración de Dina es eminentemente apostólica porque es ante todo eucarística. Dina no tiene otro deseo que colmar el Infinito con las riquezas mismas del Infinito, satisfacer, si es posible, el deseo de Dios de darse, ofreciendo Jesús al Padre. De allí nace su súplica en favor de todas las almas: “¡He aquí a Jesús! El Infinito, por el Corazón Inmaculado de María, por el soplo inflamado de tu Espíritu creador, yo te lo ofrezco...” (pp. 232-233).

Un rasgo importante en la espiritualidad ignaciana, vivido intensamente por Dina, fue la devoción al Corazón de Cristo. De una forma original, Dina entra progresivamente en el misterio del Corazón de Jesús en la Eucaristía conociéndole en profundidades siempre nuevas a medida que la experiencia es mayor.

“El Corazón Eucarístico me atrae cada vez más en la Hostia. Sólo al pasar cerca de la capilla, siento una fuerza irresistible que me invita. Junto al sagrario siento una alegría que no se definir. Cuando el Santísimo está expuesto, estoy totalmente invadida y como paralizada por el Corazón Eucarístico... Jesús me quiere hacer gozar de

Él en su Eucaristía...” (p. 273). Ella es consciente de que el Corazón de Jesús desborda de gracias por las almas y pide conducir las a su Corazón Eucarístico (p. 368).

Dina en la Eucaristía encontró también el Corazón de Jesús inmolado por la salvación de las almas (p. 284...). El cáliz de la agonía y el pensamiento del Corazón Eucarístico son gracias de luz sobre la historia de la salvación en el mundo vividas intensamente por Dina. Estas gracias la llevaban más a la misión que a la contemplación. Particularmente en la época en la que Jesús la introduce más profundamente en su misterio de redención, mostrándole el papel de los sacerdotes y de los consagrados en la realización del plan de salvación del Padre, Jesús le pide “consuelo” por los consagrados y sacerdotes que no responden a sus insinuaciones (p. 310-324), “si todas las almas consagradas no me negaran nada, si me dejaran obrar siempre libremente en ellas, todas las otras almas se salvarían” (p. 320).

Silencio y Soledad

San Ignacio en la anotación 20 de los Ejercicios propone la búsqueda de la soledad: “...cuanto más el alma se encuentra sola y aislada, tanto más se hace capaz de acercarse y de unirse a su Creador y Señor, y cuanto más se une así, tanto más se predispone a recibir gracias y dones de su divina y suma bondad”.

El comportamiento de Dina, desde pequeña y a lo largo de toda su vida, fue siempre reservado, silencioso, amante de la soledad y en esta soledad Dios obró muy pronto (p. 52). Dina reconocía haber recibido gracias particulares de predilección y en ella fácilmente crecía el recogimiento (pp. 58, 61-62), la nostalgia de Dios, y se afinaba su sentido contemplativo para verle en todas las realidades, hasta dejarse arrebatado, aun en medio de la gente, por el pensamiento de Dios (p. 74).

Durante su vida religiosa, no sólo el tiempo que tuvo que estar en la enfermería era para ella una ocasión de escuchar al Señor en un retiro continuado, sino que procuraba, por medio del recogimiento interior, no perder nunca este contacto con el Señor, y este ejercicio interior, lejos de distraerla de sus obligaciones le ayudaba a llenarlas mejor (p. 149-150).

El silencio de Dina era un silencio de adoración, de alabanza y de petición apostólica en el que dejaba obrar a Dios libremente. Ella sabía que Dios llevaba en el corazón todas las almas, especialmente las consagradas y los sacerdotes (pp. 310...), y hacía suyo este deseo de Dios.

Unión y familiaridad con la Santísima Trinidad

Dina se dejó siempre conducir por Dios y Él le hizo recorrer distintas etapas haciéndole entrar en el misterio de la Trinidad (pp. 209-219,...), en su Jardín cerrado, en su Santuario, en su Tabernáculo, hasta llegar a la esencia de la Esencia de la Trinidad (pp. 329-389).

Era consciente de que Jesús, sustituido en su ser, se ofrecía al Padre para colmar plenamente el Amor infinito de Dios, y comprendió que era posible, por Jesús ofreciéndose al Padre, colmar no sólo el Amor de Dios, sino también todas sus perfecciones infinitas. Entonces, como ella dice, su ideal, inmenso como el infinito, era el deseo de “colmar por Jesús todos los atributos infinitos de la eterna y adorable Trinidad: Sabiduría, Omnipotencia, Bondad, Justicia, Misericordia, Amor infinito, Santidad, etc...” Al constatar que sus pobres expresiones no traducen su ideal, suplica a Jesús y a María de exclamarlas en su lugar (pp. 241-245).

En su relación con la Trinidad, dio vida a una tierna devoción al Espíritu Santo. El 3 de mayo 1926, vigilia de Pentecostés, compuso una súplica al Espíritu de Amor, por las almas, sí por todas, presentes y futuras y por cada una de ellas (p. 268).

Esta unión y familiaridad con la Santísima Trinidad tiene también un eco ignaciano. San Ignacio se dejó cautivar por la presencia trinitaria que Dios le regaló junto al Cardoner y que le acompañó toda su vida convirtiéndole en místico apostólico.

CONCLUSIÓN

A través de estas líneas hemos querido esbozar cómo Dina Bélanger encarnó perfectamente la espiritualidad propia de la Congregación de las Religiosas de Jesús-María y cómo se reflejan claramente las características de la espiritualidad ignaciana. El Señor le regaló grandes dones y su santidad se forjó en una constante fidelidad a la gracia que hizo de su vida una auténtica sinfonía en clave del Amor que siempre la sedujo.

Notas:

- Las páginas citadas están sacadas de la 5ª edición de la Autobiografía original de Dina Bélanger en francés. 1995. Imposible citarlas todas, debido a la gran riqueza de la vida interior de Dina.
- C: Constituciones de la Congregación de las Religiosas de Jesús-María. 1977.
- EE: San Ignacio de Loyola. Ejercicios espirituales. 1996.